

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo I

SAN SALVADOR, DOMINGO 3 DE FEBRERO DE 1895

Num 18.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi

Victor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

Co-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

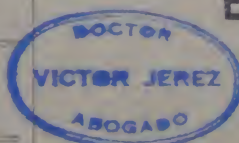
OFICINA:

Imprenta Nacional. 102 Avenida Sur—Nº 81

En su album

Las auroras de Julio en el Cauce
no fueron tan hermosas.

J. ISAAC. [Mort]



La isla de la muerte

En qué país de ensueño, en qué funebre país de ensueño está la isla sombría? Es en un lejano lugar en donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal, ni el viento en sus levadas, ni los negros árboles mortuorios en sus hojas, los negros cipreses mortuorios que semejan agrupados y silenciosos, monjes-fantasma.

Cavadas en las volcánicas rocas, mordidas y rajadas por el tiempo, se ven, á modo de nichos oscuros, las bocas de las criptas, en donde bajo el misterioso, taciturno cielo, duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo Desconocido. Se acerca en su barra de duelo un mudo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¡Qué pálida princesa difunta es conducida á la isla de la muerte. ¡Qué Elena, qué Ophelia, qué adorada Yolanda! ¡Cuánto suave, en tono menor, cuánto de vaga melodia y de desolación profanada! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo, por un suspiro; acaso una visión casual en un velo como de niebla. Allí es donde comienza la posesión de Psiquis; en esa negrura ex donde recien quiso brotar, pobre soñador, de la oscuridad larva las alas prestigiosas de Hipnipsila. A la isla silenciosa, ¡oh BOAKLIN! va la reina Betalbi, pálida. Va también con un manto de duelo la esposa de Mausoleo que pone cruces en el vino. Va Venus, sobre su coacha tirada por las blancas palomas, por ver si echa yiniendo la sombra de Adonis. Va la tropa imperial de las soberbias posfirógenitas que amaron el Amor al mismo tiempo que la muerte. Va en su reguile elixirico, con un arcángel por timonel, la Foco María, herida el pecho por los siete puñales!

RUBÉN DARIO

Con tal esmero, divinal princesa,
Dios puso en tí la gracia y la hermosura,
Que no hay pinceles para tal pintura
Y no hay artista para tal belleza.
¿Cómo copiar la red de tus cabellos
Sin que hubiera una falta ni un reproche.
Si sólo Dios les pudo dar á ellos
Un color de crepúsculo: destellos
Del sol que muere en brazos de la noche?
Y cómo hallar para tu faz serena
Color y suavidad ¡oh joven diosa!
Si ese color y suavidad la rosa
Lo tiene nada más, y la azucena?
Y no habrá artista que tus labios pinte
—¿Qué intentan, pues, los míseros pinceles?
Las paletas no tienen ese tinte,
Lo tienen los claveles.
Y en tus ojos no más hay las tranquilas
Vaguedades de dulce lontananza:
Algo de mar, de cielo, de esperanza. . . .
¡Oh si hubiera esperanza en tus pupilas!
Y tu frente de reina
Donde el crespón de rizos se amontona,
Rizos que con amor céfiro peina
Y desordena el aura juguetona.

Aun concedo al artista el imposible
De trasladar al lienzo tu hermosura:
Que la onda movable
Le dé el color para tus ojos bellos,
Y algo de cielo se vislumbre en ellos;
Que haya, así como rayos indecisos
Del sol que muere, y sombras de la noche
En la blonda madeja de tus rizos;
Que el carmín de tus labios lo dé el broche
De un clavel, y la rosa y la azucena
Formen el tinte de tu faz serena.

¡Cuadro sin vida, ¡pálida pintura!
Aunque el genio reanima cuanto crea,
Para formarse idea
De lo que es tu hermosura,
Es necesario verte; que los ojos
Se recreen en tí; luego, de hinojos
Caer, para rendirte idolatría,
Y hacer lo que yo he hecho por mirarte
Doquiera, á todas horas: encarnarte,
Encarnarte en el alma, amiga mía!

La "Nueva Primavera"

I.—Florece Mayo El viejo bosque ríe alegremente con sus verdes y nuevos follajes, bajo un sol dorado y opaco. ¡Oh! Es un sol que parece saludar á la Primavera. "Salve"—le dice—¡Salve! ¡oh tú, diosa rosada, que traes la dicha! ¡Tú que acaricias mis flores, como una fiel amante!" Y en el viejo y vasto bosque que se estremece de júbilo, brotan, en los arbustos salvajes, las flores nuevas, incultas y burdas, y las canciones de los ruiseñores blancos inflaman el ambiente, sonando como un gallardo himno de victoria.

III.—SÍ ?

Están en la luna de miel. Lاپso de tiempo feliz en que se desarrolla la vida, en que no se sabe te correr el tiempo. ¡Eros! ¡Joven y gallardo Dios! Cuida de ellos! Cuida de que los azahares de la corona de la desposada no se marchiten. Conserva los puros, como si el naranjo madre los abrigase aún en su espeso follaje. ¡Cuida de él! Cuida con tus alas de mariposa, las cabezas de los novios cuando bajo algún árbol sombrío, se besen apasionados. ¡Oh Eros!

— ¡Amo á una flor é ignoro á qué flor amo!
— ¡Ama á una flor é ignora cuál es? Bonite amor!
— No os parece, señorita? Muy bonito amor. La
rosa crece solitaria, en el fondo del jardín, sin que
la mano amante acaricie suavemente sus pétalos
de terciopelo, sin que el beso de un mortal rompa
á vez de rayo de sol, su celda de verdura. ¡Ama
á una flor!

Vaya Ud., señor, en busca de ella, recorra el jardín, toda la mañana, toda la tarde, hasta dar con ella. Sobre Bella Durmiente! Espera el beso de redención!

V.—En el fondo del bosque. Un trazo de árboles. Bajo sus follajes severos, una penumbra de cuadro de Holbein: penumbra suave. ... Esto es el lugar donde se abrigan unos amores inmortales.

De una rosa encarnada está locamente aficionada una mariposa, y no deja, ni un momento de volar en su redor, tejiendo vistosas zambra. Vuela gallarda queriendo agradar así á su novia que sonríe.

Ella le dice, con voz tan suave que sólo ella la enamorada, la apercibe.

—Pobrecilla! Estarás ya cansada! ¿Qué
res descansar un rato sobre mis pétalos!

Y la pobre mariposa, loca de felicidad, refrena su vuelo y se posa sobre la rosa. En este rayo de sol que a hurtivo entre las sombras ilumina, del todo el cuadro inocente.

VI.—Chhet!

¡ El bosque está de fiesta ! Los viejos matorrales abrigaban bandadas de menudos músicos que tocaban una sinfonía grandiosa ! ¿ Qué mano los guía ? ¿ Qué misteriosa batuta hace ir, toda en una perfecta uniformidad, esas notas bullidoras que saltan de los picos ambarinos ? Dios tal vez.....

El bosque está de fiesta... Las flores em-
mingadas, todas coquetitas, vestidas de gaza, co-

ran la llegada de alguien. ¿Será el Príncipe Azul que va en busca de novia? Las mariposas no descansan. Lo arreglan todo. Tienden los cortinajes; y los árboles enarcan sus ramas, como para formar arcos triunfales.

¿Quién es el que llega? Tal vez..... De pronto sorprende el diálogo de una violeta y una margarita. Hablan de alguien: es del poeta enfermo aquél. ¡Oh! A él es á quien esperan, por él están de fiesta. Pasará por allí y tal vez, viéndolas vistosas y frescas, logre arrojar de su pecho, por un momento, el dolor que allí vive, y hacer que ese lugar, por rápido lapso, lo ocupe la alegría!

VII.—Todo va poniéndose triste. El cielo se opaca. A la mañana, cuando el sol sale, hay ya nieblas. Toda la gama del verde la va anegando la nota del gris. Los pájaros callan. La vieja selva está pensativa. Ya no ríen sus follajes, ni cantan sus arroyuelos su *ritornello* cristalino. La ventana del poeta está cerrada. Un vienteito picante corre. Las flores, asustadas, tiritan. Se envuelven en su sobretodo para calentarse un tanto. Ya no hay golondrinas en los aleros blancos y las palomas se han refugiado dentro del palomar. Es el invierno que llega ya, de puntillas, sigiloso.

VIII.—El poeta, en su boudoir, junto á la ventana cerrada, contempla el cuadro ordinario á través de los vidrios opacos. No lee: medita. Está sólo con sus nostalgias. El libro aquél, el montón de rimas emponzoñadas, yace abandonado sobre un velador, donde hay un busto de bronce y un ramo de postreras rosas, en un vaso lleno de agua.

¡Pobre poeta! Y mientras fuera, presto, llega el invierno, él, con sus dedos temblorosos deshoja las rosas, marchitas ya, de sus recuerdos.

ARTURO A. AMBROGI.

La Duquesa Job

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! Con qué merreo
Luce su talle de tentación!
Con qué alreico de aristocracia
Mira á los hombres y con qué gracia
Frunce los labios—¡Mimi Pinsón!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una zebra,
Sigues el camino del almacén;
Pero ¡ay del tino! si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
Esprit rociado de Veuve Cliquot,
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviesos de colegiala
Como los ojos de Louí Theseó!

Ágil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien estirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, enca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango,
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa, blanca gatita.
Diera sus pajes la emperatriz!

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,
Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

Y los domingos! ¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa
Mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos; el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas
Sus puntas muestran las dos botitas
Abandonadas del catre al pie.

Después ligera del lecho brinca.
Oh! quién la viera cuando se hince
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¡Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia
Ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos,
Con apetito los dos tomamos
Un par de huevos y un buen beefsteack,
Media botella de rico vino,
Y en coche juntos vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

MANUEL GUTIÉRREZ Nájera

La cabeza pálida

A RUBÉN DARÍO.

(Para El Figaro.)

No caía nieve, pero hacía mucho frío. El mundo parisiense estaba entregado á sus múltiples asuntos, entre ellos la cuestión de Henry Mayer del "Echo de París" con el sobrino de la Redactora de "Los dos Mundos." Este oficial había venido desde Londres á vengar una ofensa hecha á su tía en las columnas del "Echo" y vencido á Mayer en un duelo.

París bailaba y reía, cantaba, tomaba su ajeno, charlaba y llenaba el Bosque. Como siempre, los grandes, los felices, no se preocupaban de los tristes, de los desamparados.

Una señora enlutada, de noble y simpática presencia, con una niña rubia y hermosa, como de nueve años, recorrían la ciudad de París en busca de una persona querida. Iban tristes y llorosas. Subían y bajaban de los omnibus y se detenían para hablar con los agentes de policía.

—¿No habéis visto acaso un joven de veinte años, alto y gallardo, de ojos azules y cabello de oro, que tiene un buen corazón y viste sobretodo gris? Etienne Dubois, mi hijo?

A todos hacía la señora parecidas preguntas, pero nadie podía darle una respuesta consoladora.

La niña, mientras la madre hablaba con cuantos se dignaban escucharla, se entretenía, inocente, mirando los escaparates de las tiendas, llenos con las muestras primorosas de la moda.

Ya habían recorrido París desde Batignolles, Montmartre y Belleville hasta Charonne, Montrouge, Grenelle y Vaugirard. Tenían varios días de caminar y ni una sola noticia del hijo querido, de Etienne, dependiente novel de una casa de objetos de fantasía de la calle del Faubourg Poissonnière; el que sostenía á su madre, pobre viuda recién venida de Franconville, y á su hermanita, la niña de los blondos cabellos, su adorada Marie.

—¿Dónde le hallaré?—pensaba la madre.—Hace dos semanas que venía á casa muy pensativo. ¿Sufriría acaso? ó ya se olvidaría de nosotros? ¿Me lo habrá robado alguna mujer?

No leía los periódicos porque tenía miedo de encontrarse con una desgracia. El debía venir, sano y contento, para abrazarlas. A veces pensaba en *La Morgue*. ¡Qué horror! Dios mío! no, no! Y seguía buscándole por todas partes. Eme dio de la multitud de gentes que llena las plazas, boulevares y avenidas, ella se veía sola y abandonada, como en un inmenso desierto, ó entre las piedras frías de un cementerio. Por la noche velaba y lloraba en su apartamento de la calle del Cardenal Lemoine.

—Madre mía, Santísima Virgen, Buen Dios, devolvedme mi tesoro perdido, al hijo de mi alma. Es tan bueno con nosotras, tan noble. Yo lo adoro tanto! Etienne, hijo ¿dónde estás? ¿Qué se hicieron nuestros sueños, tus promesas de ventura, las veladas de felicidad?

Sólo Marie dormía tranquila sin pensar en la miseria que las aguardaba con la pérdida de su hermano. Pero en el día solía decir á su madre:—¿quién nos dará dinero para comprar el pan? ¿quién me comprará mis juguetes de año nuevo, mamá?

Cada día amanecía más triste para la desconsolada viuda.

Por fin, después de haber ido á buscarle á algunos lugares cercanos á París: Meudon, Sèvres, Versailles, Argenteuil, Saint Germain, Fontainebleau, Saint Denis, se resolvió con temor á ir á *La Morgue*.

Pálida y desencajada se dirigió á la Cité por la calle de Saint Jacques, haciendo un rodeo para retardar la llegada; pasó el Petit Pont, atravesó la Plaza de Nuestra Señora y se fué allá, detrás de la maravillosa basílica, llevando de la mano á la pequeña Marie.

A medida que se acercaba á la casa del Profesor Brouardel, (*) se ponía más agitada y temerosa. La espantaba el presentimiento de un horrible desengaño. Llegó por fin al sombrío necroscopio, y casi sintió un vértigo al entrar. Dirigió la mirada indecisa sobre las vitrinas, y entre las cabezas de los suicidas y de las víctimas de los crímenes que diariamente se cometen en París, vio una hermosa cabeza pálida, exangüe, de cabello rubio, los ojos marchitos ligeramente abiertos, y una sonrisa de mármol sobre labios inertes. La señora abrió desmesuradamente los ojos, sintiendo que la ahogaba el corazón, levantó los brazos al cielo y dijo con voz desfalleciente:—*Es mi hijo!* y cayó al suelo sin sentido. Había perdido la última esperanza. Algunas personas fueron á levantarla, pero ya estaba muerta.

La niña, asustada é inquieta, quedó sola en el mundo y fué recogida por la caridad pública.

¿Qué había sucedido á Etienne?

Una noche, en compañía de unos amigos que vivían frente al *Square Monge*, se dirigió al famoso baile de *Bullier* de la Encrucijada del Observatorio.

En el espléndido salón la orquesta delicada producía vértigos, los centenares de mujeres alegres, hermosas y fascinadoras como sirenas, vestidas de raso y terciopelo, con los escotes incitante anchamente abiertos, revueltas con los jóvenes del Barrio Latino, valsaban en un torbellino de perfumes y de luz. Los jardines con sus rocas cubiertas de musgo, sus grutas y sus fuentes, debajo de la ancha bóveda de cristal, llenos de música y de lámparas venecianas, convidaban á disfrutar de aquel espectáculo embriagador.

Se sentaron en el sitio más lejano al baile.

—*Garçon, trois bocks, s'il vous plait.*

—*Voilà, Messieurs.*

Algunas parejas se paseaban en las calles del jardín y varias muchachas andaban buscando bailareros á quienes explotar. Temían perder su noche.

Momentos después una bella mujer de treinta y cinco años se había sentado junto á Etienne.

[*] Decano de la Facultad de Medicina y Primer Asesor Legal de sus conferencias en *La Morgue*.

había abrasado con su mirada flameante y con el beso de sus labios llenos de voluptuosidad.

Desde esa noche de delirio, Etienne se entregó en cuerpo y alma á aquella criatura fatal, insensato como un niño, ciego por la violencia del primer amor.

Pero otra noche que vió á su querida en compañía de un griego, allá en la Plaza de Maubert, y que se fueron en un coche, lejos, como huyendo de él, Etienne tuvo una fuerte conmoción cerebral y se enloqueció. Signó cabizbajo por el Boulevard Saint Germain hasta el Muelle de la Tourneille, caminó por los de San Bernardo y Ansterlitz, y se arrojó al Sena desde el Puente de Bercy.

La policía recogió el cadáver y lo depositó en *La Morgue*, donde vió la pobre madre su cabeza disecada; aquella adorada cabeza que formaba toda su felicidad.

La sirena echó de menos la apneista figura de Etienne, y más de una vez pensó allá en los bailes de *Bullier* y del *Casino de París*:—¿Qué se haría aquel cándido muchacho, que tan loco se puso por mí?

Mientras tanto la pobrecita Marie, la niña luda y rubia, llorosa y desvalida, sola en el mundo, comía el pan de los huérfanos en un Hospicio de la calle de Vaugirard.

RUBEN RIVERA.

Verdi - negro

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

I

El amor que se paga no tortura,
pero tortura el verdadero amor:
infeliz el que deja en el regazo
de una mujer sin alma, el corazón.....
Danzando en torno del Becerro de Oro,
tal como el pueblo de Israel danzó,
que si os hacéis un dios podréis romperle
cuando os obrime el peso de ese dios!....

II

La noche es tenebrosa?.....Pues burlemos
sus tinieblas: jenciéndeme la luz!.....
Voy á crucificarme: abre tus brazos,
ya que ellos son la verdadera cruz.....
Yo soy el anfitrión y el convidado,
tú eres la copa: ¡briudo á mi salud!.....
¡Mas tienes que gozar cuando yo goze,
y quizás más que yo gozarás tú!.....

III

Mi dicha se calmara si pudiera
hacerme dueño de un sentido más,
ó privarte del uso de un sentido,
para con mi egoísmo dominar.....

No quiero ser feliz cuando la sea
la que viviendo de mi vida está,
si no puedo obligarla á que se quede
dándola de mis ayes la mitad!

IV

Semejante al manzano que convida
á sentarse á su sombra, cuando hay sol,
para luego matar al peregrino,
con sus empujones, así soy.....
¡Para qué deshonrar del sensualismo
el río en que naufraga la Razón,
si después del Píacer viene el Hastío
y después del Dolor.....¡viene el Dolor!....

V

Ola! retorna al mar que te ha arrojado,
que sus orillas por doquiera vi
en breve la resaca hará jirones
mi túnica de arena: ¡huye de mí!....
Tú sales del abismo: yo en el borde
me quedo del abismo, porque aquí
veré venir á todos, y ninguno
podrá verme venir!.....

DOMINGO MARTÍNEZ LEJÁS

La Vida de Bohemia

Enrique Mürger.

Acabo de cerrar y dejar sobre la mesa, el famoso libro de Enrique Mürger, que tan ardientemente deseaba conocer, desde que leí, una noche de velada, en compañía de un amigo, el hermoso capítulo que en uno de sus deliciosos libros de impresiones consagra Alfonso Dandet á aquel ruidoso cafetín del *Quartier Latin*, en donde eran reyes Mürger y el dislocado y eterno hablador Desroches, que por único fruto de su azarosa vida de arte, tuvo un artículo bien memorable, publicado por "Le Figaro" (que cabe decirlo aquí, fué por aquellos tiempos el órgano de la Bohemia creada por Mürger) y que llevaba por título llamativo este nombre: *Las Unas Mozartel*. Lo he leído febrilmente, con rapidez, en todo el espacio de una tarde de invierno.

Es delicioso este libro.

He gozado mucho leyéndolo y he simpatizado con aquellos cuatro soñadores endiablados y me he declarado *pasionista* por *mademoiselle Mussette*, cuya canción me conmueve y me hace sentir honda nostalgia por París, ciudad que no conozco y con la cual eternamente sueño.

¡Qué adorables páginas! ¡Qué suave oleada de juventud y locura la que ellas traen oculta! Nos da una sorpresa. En plena vida de trajín, os llena una oleada de aire sano y primaveral.

Mürger hace amar á los personajes de su poema mundano. A cada momento, entre el brillo

ARTURO A. AMEZQUITA

Jamás

Tanto tiempo de lucha conmigo mismo (para qué había servido?

Era inútil un esfuerzo más sobre mi corazón.

Ya ella era dueña absoluta de todo mi ser; mi espíritu estaba subyugado por la dulce tiranía de sus encantos.

Pero ¡ay, cuando pensaba en mi insensato amor yo oía, no sé á dónde, pero oía una voz que murmuraba triste:—“jamás!”

Y ¿cómo olvidarla, y renunciar á esa ilusión dulcísima, siendo tan hermosa?

Sentí en la frente algo como la caricia de dedos invisibles, y un soplo blando como el aliento perfumado de una boca fresca y virginal.

Y me quedé dormido.

Ví una figura blanca y ligera que parecía un rayo de luna. A medida que se acercaba iba tomando forma, y esa forma divina estaba envuelta en un resplandor como de aurora.

Llegó, y con dulce voz me dijo, casi en secreto:—“Ven,” Y me puso en los hombros, para volar, dos alas.

Cruzámos el espacio por una región fría y oscura; y una ráfaga de viento huracanado se llevó algunas plumas de mis alas.

Llegámos al lindero que separa la sombra de la luz, y allí detúvose conmigo, sobre una nube negra, la aparición fantástica.

“Mira,” me dijo, “es una aurora eterna. . . .”

Y su mano de nieve se extendió para mostrarme á mis ojos deslumbrados los vastos horizontes sin límites.

“Este es el alcázar de los sueños; aquí habita la virgen que tú adoras;—ves? allá está, sobre un trono de nácar. . . .”

Y yo la ví, hermosísima, y más resplandeciente que un rayo de sol.

Sentíme atraído, fascinado irresistiblemente; extendí los brazos, cual si quisiera desde lejos traerla á mi seno.

Y dije á la visión que me había conducido á esas regiones etéreas: “¡Oh ángel, hada ó virgen, tú que has adivinado el ansia infinita de mi corazón, llévame allá!”

Y le mostré el trono de nácar donde mi amada resplandecía más hermosa que el Sol.

La visión me dijo: “Oh tú, miserable criatura de la tierra, que abrigas en tu mente ideales del cielo, nunca pretendas alcanzarla: esas regiones lúcidas que de ti la separan las salva no más el pensamiento; sólo puedes contemplarla desde aquí.”

Yo iba á suplicar, y mi compañero misterioso ya no estaba conmigo; quise volar y me encontré sin alas; horrible desesperación se apoderó de mí.

Y al volver de mi sueño fantástico estaban húmedos mis ojos; y oí, no sé dónde, tal vez en el fondo de mi pecho, la lúgubre palabra:—“Jamás!”

ISAÍAS GAMBOA

Walt Whitman (1)

Para Rubén Darío

(PARA “EL FIGARO”)

El viejo cantor yankee de *Leaves of Grass* y de *Drum Taps*, vive aún—Su voz, empero, ya no suena en nuestros oídos como una voz contemporánea, ni siquiera como una voz moderna, sino como el eco lejano y vibrante de una raza antiquísima. Más que un poeta de este siglo, parece un bardo anterior á la Era de Jesús; más que un compañero de Swinburne, parece un hermano de Isaías.

Su estilo rápido, violento y grandioso, tiene sonoridades apocalípticas. Sus imágenes hacen pensar en aquella llama de los griegos, que tenía el don de fundir todos los objetos visibles para convertirlos en símbolos perdurables. El sabe, como Ezequiel, quedarse en el muerto de los espínes contemplando al ser cuádruple compuesto de hombre, de buey, de león y de águila, que es el verbo humano. El ríe con la risa de Baco y se confunde, lo mismo que Pan con la madre naturaleza.—Su musa tiene cuerpo de vacante y voz de profeta. Oídla hablar:

“Tú eres el futuro,—tú eres la vida permanente y la carrera y el espíritu libre y sin trabas, y el vuelo sublime;—tú eres como el otro sol necesario, radiante de llamas, preñada de luz fecundante;—tú eres el apogeo de la alegría, de la dicha, de la carejada sin fin;—tú eres la que dispersas las nubes que durante muchos siglos pesaron sobre el alma humana. . . .—tú eres (Naturaleza) la progenitora de hembras, de machos, de atletas mortales y de atletas espirituales, en el Norte, en el Sur, en el Este, en el Oeste;—y ante tus senos inmortales, ó Madre de Todos los hijos y las hijas serán iguales y serán Uno!”

Entre Walt Whitman y Edgar Poe, hay tres mil años de distancia. Poe es el hijo de la inquietud; Whitman es el profeta de la fuerza. El primero lo comprende todo, lo siente todo, lo desea todo. El segundo no se preocupa sino de la vida universal. Los matices le son desconocidos, los misterios psicológicos no llegan hasta él; las complicaciones cerebrales le son extrañas. Él sólo ve, en el mundo, una gran célula viviente de la cual todos formamos parte. A veces se dirige á los seres que pueblan la tierra, y exclama: “¡Vosotros, animales, hombres, plantas, hermanos míos, oíd!” y luego el canto se prolonga en apostrofes pan-teístas que comprenden á todos los organismos existentes, sin establecer, entre ellos, diferencia alguna.

Para él la Vida lo ignora todo con su fuerza

(1) Este artículo fué escrito cuando W. Whitman vivía aún en respuesta al soneto de Rubén Darío consagrado al poeta americano en sus “Medallones.” Para el poeta de Nueva York, Whitman es un cantor del Porvenir, consciente que para él es el cantor de una pasada fabulosa.

inconsciente, Nada le parece despreciable ni el vicio, ni la fealdad, ni el crimen. Su simpatía universal desconoce los límites y va desde la Carne hasta la Idea, desde el Bien hasta el Mal. "El alma—dice—no vale más que el cuerpo y el cuerpo no vale más que el alma—, y nadie, ni Dios mismo, vale más que cada uno—por que cada uno es parte de Dios—. . . . No hay deberes—; lo que a todos consideran como deber yo lo considero como impulsión de la vida—y lo que es impulsión no se llama deber—¡Mi espíritu camina de Dios a Satanás—. . . ."

Todas estas palabras, que serían blasfemias heladas en labios vulgares, salen de la boca de Whitman sin mancha de pecado y sin sombra de diabolismo. Porque, en realidad, ¿qué pecado puede cometer el hombre que desconoce la esencia del mal? Ninguno. El crimen está en la desobediencia. Sin ley, no hay delito posible. Para blasfemar, es preciso saber lo que es blasfemia, y para pecar es necesario tener idea del pecado. Los hombres que desconocen á Cristo no tienen obligación de amarle sobre todas las cosas—y Whitman lo desconoce como "ser único," adorándolo, en cambio, como parte del ser universal, como fragmento del alma eterna, como rayo del foco divino, como miembro del gran cuerpo viviente, como parte del Hombre, en fin, y como parte de la Idea.

Conducido por el Panteísmo intrasigente, Whitman llega, según dicen sus enemigos, hasta la adoración del propio ser; y dice: "Sin mí ¿qué sería del Universo?" . . . pero aún esta pregunta es, en él, ingenua y natural. Los que se ríen al escucharla, carecen de inteligencia, pues aun en el caso de que fuese un disparate y ¿quién sabe lo que ésta palabra significa ideológicamente? siempre sería un disparate genial. Yo, por mi parte, sólo veo en ella la conclusión lógica de una filosofía primitiva que considera al Mundo como un mecanismo incapaz de funcionar no teniendo sus fuerzas cabales. Al decir que la desaparición de su individuo podría romper el equilibrio del Universo, no quiere sugerirnos la idea de que su muerte propia tenga importancia alguna. En el fondo nadie es tan humilde ni tan desinteresado como él. Si alguien le hiciese reproches serios por la forma vanidosa del verso, nada le sería más fácil que cambiar *yo* por un *nosotros*, sin que su idea profunda cambiase de alcance. —"¿Sin uno de sus átomos que sería del Globo?"—"Sin uno de sus átomos, el Globo desaparecería."—"¿Y por qué?"—"¿Porque es uno é invisible?"—"Pero ¿cuáles son las razones misteriosas de esa solidaridad eterna?"—. . . ¡Ah! éso el poeta no lo sabe. En él sólo producen efecto las grandes causas y los grandes resultados. Su templo está muy lejos de Elensís. Un sofista alejandrino lo desconcertaría, sin trabajo, cuatro veces en dos horas. El no habla con frases sutiles ni discurre con ideas complicadas, porque carece de educación y de firmeza. Su cerebro es estrecho como el de un sacerdote judío,

pero su alma es ardiente como la de un profeta hebreo. Sus versos salen del alma: son grandiosos, son sencillos, son formidables; y só ahora suenan de un modo raro en nuestros oídos, es porque nosotros no estamos hechos para sentirlos.

Por lo demás, él tampoco escribe para nosotros los habitantes de las grandes ciudades, los hijos espirituales de Schendal, los discípulos de Renán; sino para los hombres fuertes y para los hermanos de la Naturaleza. Sus versos son salmos de una religión primitiva cuya base es el Amor General. Su obra puede ser considerada como la biblia de la Libertad humana. El ignora la significación de la palabra matrimonio, y no sabe lo que la voz divorcio indica. Según su teoría, los mozos han sido creados para dormir con las mozas; los bellos cuerpos para enseñarse; las bocas frescas para que canten; los puños macizos para el trabajo y las manos hábiles para la labor. En este respecto, el hombre civilizado le parece inferior á los animales silvestres, pues mientras los primeros llegan á humillarse ante el código de la costumbre y de la hipocresía, los segundos siguen siendo buenos é instintivos. Tan grande es, en efecto, su optimismo para con los brutos, que cuando piensa en las bestias del campo, oírda á la herra que "devora sin conciencia" y sólo se fija en la vaca que da leche, en el perro que acompaña á en el pájaro que canta. Así, sus himnos rurales son verdaderos poemas eróticos: "Yo me volvería gustoso ante los animales—dice—y viviría con ellos—, son tan agradables y se bastan tan bien entre sí, que no puedo nunca dejar de quererlos—; ellos no se inquietan ni se rompen los sesos pensando en las condiciones de la vida—; ellos no pasan la noche en vela llorando pecados—; ellos no discuten sobre los deberes—; ninguno de ellos está descontento, porque la locura de la propiedad no los tortura, y porque nunca se arrodillan los unos ante los otros. . . ."

¿Será una falta de respeto decir que Whitman no tiene, en este sentido, nada que envidiar á sus buenos animales? — Yo creo que no. — Lo mismo que ellos, él ha querido á sus semejantes, ha buscado la luz del sol, ha hecho el sudor del trabajo, se ha bañado en el agua clara y ha paecido la hierba fresca; lo mismo que ellos, él ha cantado por la mañana su causión sincera, dulce ó brutal; lo mismo que ellos él ha corrido por el mundo, durante los años de juventud y de fuerza, sin rumbo fijo, sin oficio seguro y sin esperanza ueta, siempre en busca del amor ó del sosiego; lo mismo que ellos, en fin, él ha visto la hora de la vejez y del cansancio, sin remordimientos, sin amarguras y sin rencores.

París—

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.